

Escuelas Garbí Pere Vergés Una ciudad ideal y sus habitantes

«El hombre tiene una inteligencia y no es más inteligente aquel que tiene mayor número de conocimientos a modo de inventario, sino aquel que sabe buscar, encontrar, relacionar, asociar; que ante lo previsto y lo imprevisto da con la reacción adecuada; no es el que sabe, sino el que piensa; no el hombre instruido, sino el hombre culto, la densidad del cual va creciendo hasta llenar todo su interior. Y ese núcleo interior, más o menos denso, es el que constituye el espíritu que da al ser aquella peculiaridad propia».

Pere Vergés, *Libro de evocaciones (1922-1947)*

Introducción

«Ciencia, ética y estética son los pilares de nuestro proyecto educativo con el acento puesto en los tres verbos que definen nuestra pedagogía: *pensar, sentir y amar*. Nuestras escuelas, fieles al modelo educativo fundacional de Pere Vergés, siguen comprometidas en la tarea de formar ciudadanos libres, responsables, competentes y solidarios. Ésta es nuestra razón de ser». Olga Serra, directora general de la Fundació Escoles Garbí, reflexionaba, en enero de 2014, sobre la historia, la actualidad y el futuro del proyecto.

En 2014, a un año de celebrar el primer medio siglo de vida de la escuela de Esplugues de Llobregat, la crisis del año 2000 que estuvo a punto de acabar con el proyecto educativo quedaba ya muy lejos. Las dos escuelas, en Badalona y Esplugues (poblaciones ubicadas en el conurbano de Barcelona capital), tenían sus aulas llenas, con más de 1.800 alumnos que seguían el modelo educativo fundacional original, desde Educación Infantil, con inicio a los tres años, hasta el acceso a la universidad, a los 18. Prácticamente el 100% de los alumnos de 2.º de Bachillerato habían superado las pruebas de acceso a la universidad con excelentes resultados académicos; el equilibrio económico era una realidad, permitiendo la devolución de la deuda histórica y las nuevas inversiones de puesta al día de las escuelas. Entre docentes y personal de administración y servicios, 200 personas constituían el equipo que hacía realidad un proyecto educativo singular, considerado como modelo de escuela concertada no confesional con una altísima lealtad y vinculación transmitida de padres a hijos.

Caso preparado por Iago Andreu, colaborador externo, y los profesores José Antonio Segarra y Rafael Andreu, como base de discusión en clase y no como ilustración de la gestión, adecuada o inadecuada, de una situación determinada. Noviembre de 2015.

Copyright © 2015 IESE. Para pedir copias de este documento dirijase a IESE Publishing en www.iesep.com, escriba a iesep@iesep.com o llame al +34 932 536 558.

No está permitida la reproducción total o parcial de este documento, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios.

Última edición: 12/11/15



Superada la etapa crítica y ya en velocidad de crucero, afloraban las incógnitas para abordar nuevos retos y proyectos: ¿Cuál debía ser el futuro ahora?, ¿el crecimiento? ¿Por qué y para qué? ¿Tenía sentido iniciar nuevos proyectos educativos y crear nuevas escuelas? ¿En qué debía aplicarse el creciente excedente de la Fundación?, ¿en rebajar las cuotas? ¿O más bien era conveniente subirlas y volver a ser una escuela totalmente privada sin las servidumbres a las que la sometía la Administración con el concierto educativo? ¿Cómo podía asegurarse y blindarse el proyecto educativo para el próximo decenio? ¿Qué aspectos esenciales de gobierno debían abordarse para mantener viva la misión y evitar que se repitiera la crisis financiera e institucional vivida a finales de los noventa? ¿Cómo avanzar en la institucionalización de las funciones de dirección y de presidencia? ¿De qué manera abordar la sucesión en ambos campos?

Un modelo educativo singular

Las escuelas de Esplugues y Badalona constituían el legado de Pere Vergés i Farrés (1896-1970), integrante del grupo de pedagogos impulsores de la escuela nueva, un movimiento de renovación pedagógica que –a imagen de lo que habían hecho Maria Montessori en Italia u Ovide Decroly en Bélgica– ponía al alumno en el centro del proyecto educativo.

El surgimiento del modelo educativo de Vergés arrancó en el novecentismo, movimiento intelectual y artístico del cual era partícipe el propio pedagogo. El novecentismo estaba eminentemente enfocado a la transformación de la sociedad, la cual ya había pasado por la Revolución Industrial y por la emancipación del individuo propia del liberalismo; una sociedad urbana y diversa que requería un nuevo modelo de organización y el compromiso vital de sus ciudadanos.

La transformación social del novecentismo empezó por lo más básico: la transformación del modelo educativo. De ahí la divisa del proyecto educativo de Vergés, «ciencia, ética y estética». Un lema que no se formulaba de un modo finalista –la verdad, el bien, la belleza–, sino de manera medial, poniendo el énfasis en las disciplinas en las que el alumno (y, por extensión, el ciudadano) debería sobresalir para conseguir esos fines. Así pues, no sólo se trataba de impartir una educación estrictamente académica –la Ciencia en su sentido más amplio–, sino también de formar ciudadanos capaces de actuar conforme a principios y valores –la Ética– y de formular sus propios criterios, gustos y juicios sobre el mundo que les rodeaba –la Estética–.

Vergés concibió una escuela que debía ser como una ciudad ideal, siendo los alumnos sus activos habitantes asumiendo responsabilidades, desarrollando su personalidad y participando en la adopción de decisiones. Y aquel proyecto se inició en 1922 en la Escuela del Mar, ubicada en un edificio de madera en la playa de la Barceloneta que recordaba vagamente a las casas de este tipo que abundan en las playas de Nueva Inglaterra (véase el Anexo 1).

La escuela debía ser a la vez reflejo de una sociedad diversa y armónica; cada una de las clases funcionaba como una gran familia en la que cada alumno asumía unas responsabilidades: desde el *cònsol* (cónsul), máximo representante de la clase, hasta las atribuciones más concretas, como responsabilizarse de los noticiarios y los libros de la biblioteca; llevar y traer recados y mensajes por la escuela; servir a cada una de las mesas a la hora de comer; cuidar el material deportivo o los instrumentos musicales..., todas ellas responsabilidades rotatorias. Cada alumno recibía

puntuaciones dependiendo de su desempeño. Se valoraban el esfuerzo, una buena acción o una actitud que repercutía beneficiosamente en el grupo. Al formar parte de una clase y de una mesa concreta en el comedor, los comportamientos individuales tenían repercusiones colectivas, desincentivando comportamientos individualistas.

Para potenciar la conciencia de grupo, los alumnos se dividían también en tres colores –los colores del mar: azul, blanco y verde–, que funcionaban como tres organizaciones transversales que vinculaban a todos los alumnos sin importar la edad. Al ingresar en la escuela, el alumno escogía un color que le acompañaría toda la vida. El color ya no era el grupo reducido del pueblo o la familia, sino que representaba una afinidad electiva, tal como un partido político o una asociación. Así, las puntuaciones de comportamiento de los alumnos de toda la escuela se agregaban por colores, y el color con mayor puntuación tenía el privilegio de formar el gobierno de los alumnos durante el trimestre siguiente. El Anexo 2 describe las líneas esenciales del proyecto pedagógico adoptado en las escuelas Garbí Pere Vergés.

La plasmación práctica del novecentismo fue la Mancomunitat de Catalunya, un incipiente régimen de autonomía de las cuatro provincias catalanas vigente entre 1914 y 1925. La Mancomunitat dio un impulso decisivo, entre otras, a la pedagogía renovadora y en catalán que propugnaba Pere Vergés. Un modelo pedagógico que chocó de frente con el autoritarismo de la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930) que, en 1925, disolvió la Mancomunitat, intervino las escuelas públicas que de ella dependían –entre ellas, la Escuela del Mar– y suspendió el proceso de renovación pedagógica.

En 1931, la II república española permitió a Vergés restaurar los valores originales de escuela pública, catalana, laica y progresista; pero, en 1938, en plena Guerra Civil, una bomba de la aviación fascista italiana destruyó el colegio. Diez años más tarde, en 1948, la Escuela del Mar se establecía en su emplazamiento definitivo en el barrio del Guinardó, convirtiéndose en un oasis de pedagogía moderna en pleno franquismo. Evidentemente, Vergés tuvo que adaptar algunos de sus postulados al nuevo régimen vigente y, aunque la llama de la cultura catalana y del progresismo siempre estuvieron vivas en el colegio, la lengua vehicular pasó a ser el castellano y se impuso la formación religiosa.

Asegurar el legado

Al darse cuenta de que la jubilación del maestro, ya anciano –prevista para 1966–, podía suponer el fin del proyecto, la familia Vergés y un grupo de pedagogos y antiguos alumnos decidieron preservar el legado: fue así como abrieron sus puertas la Escuela Garbí en Esplugues, en 1965, y la Escuela Pere Vergés en Badalona, en 1968, dos años antes del fallecimiento del pedagogo fundador. Se trataba de dos centros inspirados en la pedagogía de Vergés que sólo diferían de la original Escuela del Mar en una cosa: no eran centros públicos, sino privados.

Ambas escuelas supusieron una novedad en el panorama de la escuela privada en Cataluña de finales de los sesenta. Buena parte de los colegios privados existentes hasta ese momento eran escuelas confesionales, creadas y gestionadas por distintas órdenes religiosas. Así que las escuelas Garbí Pere Vergés se configuraron como una alternativa educativa no confesional con un proyecto pedagógico propio, fiel a sus orígenes fundacionales.